

Romanos 5:12,16-19

Sermón Romanos 5:12,17-19 Cuaresma 1, 2014

Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. Si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia. Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación que produce vida. Así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, muchos serán constituidos justos. (Romanos 5:12,17–19) .

El tema central del primer domingo de la Cuaresma es la tentación, la tentación a que Adán cedió al comienzo, y la tentación que Jesús resistió por la palabra de Dios al comienzo de su ministerio. Nuestro texto de la Epístola también trata de la oposición de nuestros grandes enemigos, los tiranos que nos habían esclavizado, el diablo, el pecado y la muerte, y nos presenta también la victoria total de Cristo en beneficio de nosotros sobre todos estos enemigos. La caída de Adán al comienzo tuvo un resultado fatídico para toda la humanidad, pero la obra de Cristo, el segundo Adán, tuvo un resultado aun más grande y glorioso para toda la humanidad, un resultado que somos invitados a aprovechar por medio de la fe en este triunfador sobre Satanás, el pecado y la muerte. Nuestro tema esta mañana, entonces, será: El efecto universal de Adán y Cristo. Veremos que en Adán todos pecaron, pero que, en Cristo, todos son justificados.

Pablo comienza con Adán. “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre”. En Génesis, escuchamos cómo Dios preparó un hermoso hogar para Adán con su esposa Eva, y le dio un solo mandato, el de no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, bajo amenaza de la muerte. El diablo engañó a Eva, la cual dio del fruto del árbol a Adán, y en vez de recordar el mandato de Dios y expresar su gratitud por todas las bendiciones que le había dado, Adán aceptó el fruto y lo comió. Y, de acuerdo con lo que había advertido Dios, “por el pecado la muerte”. Desde ese momento la íntima relación de fe y gratitud

en que Adán había vivido desapareció. El hombre fue espiritualmente separado de Dios, cosa que se revela en que cuando oye el sonido de Jehová Dios caminando en el huerto, él se esconde por miedo de Dios. La muerte ya se había apoderado de él. Después de un tiempo en la tierra de duro trabajo, moriría, volvería a la tierra de la cual había sido tomado.

Pero este trágico resultado para Adán no fue algo aislado. Al contrario, el pecado de Adán tuvo consecuencias trágicas para toda la humanidad. “Así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”. La muerte pasó a todos los hombres. El castigo de Adán no se limitó a él, sino que afectó a toda la raza humana.

Lo que Pablo está diciendo es claro. Hubo un impacto universal del pecado de Adán. La única pregunta es, cómo se debe entender la frase de explicación: “por cuanto todos pecaron”. Según el contexto, en que Pablo en los siguientes versículos dice que entre el tiempo de Adán y el tiempo de Moisés cuando se dio la ley, “había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado”. Pero, aun así, aun en los que no trasgredieron un mandato divino específico como lo había hecho Adán, reinó la muerte. La culpa era la del pecado de Adán, que fue imputada también a ellos. Como nos dice la Confesión de Augsburgo: “Se enseña entre nosotros que desde la caída de Adán todos los hombres que nacen según la naturaleza se conciben y nacen en pecado. Esto es, todos desde el seno de la madre están llenos de malos deseos e inclinaciones y por naturaleza no pueden tener verdadero temor de Dios ni verdadera fe en él. Además, esta enfermedad innata y pecado hereditario es verdaderamente pecado y condena bajo la ira eterna de Dios a todos aquellos que no nacen de nuevo por el bautismo y el Espíritu Santo” (AC Art. II). Así que, cuando Adán pecó, toda la humanidad pecó en él y cayó en la condenación y la muerte.

En versículos posteriores, Pablo expande sobre esto. Nos dice que “por la transgresión de uno solo reinó la muerte”. El dominio universal de la muerte resultó de la transgresión de un solo hombre, que fue Adán. En él está incluida toda la humanidad, de modo que su muerte trae la muerte también a todos los hombres.

También nos dice que “por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres”. Dios juzgó al mundo entero

como reo de juicio eterno sobre la base de la única transgresión de Adán. Eso fue suficiente para condenar a todos los descendientes de Adán, aun aparte de sus propios pecados que hayan cometido. Una transgresión, condenación para “todos los hombres”.

Además: “por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores”. Aunque por la traducción se podría concluir que esto es menos universal que el versículo anterior, eso realmente no es al caso. No dice sólo “muchos” en griego, sino “los muchos”, que hace evidente que está hablando de los mismos como los “todos los hombres” en el versículo anterior. ¿Y qué dice de ellos? Dice que los muchos fueron constituidos pecadores. Fueron juzgados como pertenecientes a la clase de los pecadores. El fallo del juez era que eran pecadores. ¿Pero sobre qué base? “Por la desobediencia de un hombre”. Eso fue suficiente. Su desobediencia es contada como la desobediencia de todos los hombres.

Así que, por nuestra relación con Adán y por la unidad que tenemos con él, nuestra situación fue desastrosa, ser muertos, condenados, constituidos pecadores, sin tener cómo podíamos escapar. Pero por la gracia de Dios, Adán no es el único que ha tenido un efecto universal. De hecho, este segundo Adán tuvo un efecto mucho más grande y asombroso que el Adán original, un efecto sumamente bendito. Este hombre no es otro sino Jesucristo.

Frente a las terribles consecuencias del pecado de Adán, Cristo por su acción única trajo salvación. Lo que Pablo declara en este pasaje es que Cristo trajo justificación para todos los hombres.

Mientras el pecado de Adán trajo el dominio de la muerte sobre todos los hombres, de Cristo y el efecto de su obra nos dice: “mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia”. La muerte reinó por medio de Adán. Pero no es la vida que reina por medio de Cristo. Va mucho más allá. Todos los que apropian con fe lo que Cristo ha hecho por ellos “reinarán en vida”. Sí, por medio de Cristo y el don de justicia que hemos recibido por medio de él, nosotros mismos reinaremos con él en su reino eterno. ¿No es una maravilla? Es evidente. Cristo tiene un efecto aun más grande que Adán, un efecto bendito y no malo.

Si el pecado de Adán fue suficiente para traer condenación a todos los hombres, “por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación que produce vida”. Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo mismo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados. La transgresión de Adán trajo condenación, pero la justicia, su perfecta vida que llevó en nuestro lugar, y el perfecto acto de justicia de entregar su propia vida en lugar de nosotros los culpables, resultó en que la justificación que produce vida vino a todos los hombres. Lo que quiere decir es que Cristo pagó por los pecados de todos, de modo que en Cristo Dios declaró justos al mundo entero. No queda una sola persona por quien la muerte de Cristo no es el pago suficiente para traer un veredicto de justificación, de no culpable, de parte de Dios Padre. En vez de condenación, la justificación.

Otra manera de expresarlo es que “por la obediencia de uno, muchos serán constituidos justos”. La desobediencia de Adán hizo a todos nosotros pecadores, pero la obediencia de un hombre, de Jesucristo, también hizo que los muchos fueran constituidos justos, es decir, ante el juicio de Dios, en el veredicto de Dios. Nuestro estatus ante el juicio de Dios ya no es de pecadores, sino por causa de Cristo Dios nos considera justos y aceptables delante de él.

Sin embargo, tenemos que volver a lo que dijo Pablo en el versículo 17, en donde habló de aquellos que “reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia”. Esa recepción ocurre por medio de la fe en Cristo como nuestro Salvador, que ha traído no sólo al mundo, sino en particular a nosotros, la justicia de Dios. Esto concuerda con lo que escuchamos también en Juan 3. Allí nos dice que “Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Juan 3.17–18). Así crean en él, para recibir personalmente el efecto de toda esta obra de salvación para una humanidad perdida que cumplió Cristo, el segundo Adán. Amén